

Los artículos de Julián Marías

JUAN DEL AGUA

Acaban de aparecer dos gruesas recopilaciones de artículos de Julián Marías, una ya aparecida en libro, pero diferentemente ordenada, *La España real* (Espasa), y otra, en dos volúmenes, *El curso del tiempo* (Alianza), que contienen una gran parte de sus artículos publicados en diferentes periódicos españoles desde 1973 hasta casi hoy mismo. Sobre este período de su obra, y de los artículos escritos en él, hay que decir previamente dos cosas: que, como él mismo ha subrayado, sus artículos no son una parte secundaria de su obra; y que desde la publicación, en 1970, de *Antropología metafísica* Marías ha escrito sin duda alguna sus libros más personales e innovadores de su ya

larga carrera de pensador. Esta valoración que se extiende también a sus artículos, unido ahora a la posibilidad de leerlos de seguido, hace que estos dos libros tengan un gran interés. En efecto, a lo largo de su lectura pueden percibirse mejor las conexiones que existen entre ellos, y, sobre todo, se aprehende una rica variedad de matices en los artículos del mismo tema que no se lograba siempre al leerlos separadamente.

No es fácil escribir un buen artículo de periódico. Y lo es menos todavía si son filosóficos y van dirigidos a cualquier lector. Un artículo de Marías es un pequeño escorzo de la realidad, dotado de un argumento que le da unidad, le hace inteligible y deja entrever los

lazos que le unen a los demás, ya que no se trata de “uno”, sino de una serie de artículos que se articulan unos con otros como los elementos de la realidad de que hablan. Escritos en un estilo de particular rigor y transparencia, convierten a su autor en un extraordinario pedagogo que va enseñando a la gente de toda condición y cultura las maravillosas posibilidades que entraña siempre la realidad, sea ésta cotidiana o de mayor trascendencia, como las obras maestras de la literatura, del arte, o las relaciones interpersonales “delicadamente cinceladas” de que se ocupa la antropología.

Se dirá que esto sólo se consigue a costa de una cierta simplificación. Pero no hay tal. Aquí interviene el *arte* de escribir artículos. En ellos, aparte de las referencias que pueda haber sobre sus libros de teoría, el pensamiento de Marías, sin dejar de ser analítico, se hace más sintético y narrativo, es decir, hace un uso mayor de la razón concreta, sin perder, por supuesto, el nivel desde el que escribe siempre. Esto hace de Marías un continuador de la gran tradición de la cultura española: la de ser una cultura egregia para todos. Lo cual ha sido posible —él mismo nos lo recuerda con cierta melancolía y preocupación—, porque la idea que el español solía tener de sí y de la realidad, y su insólita propensión a vivir de “razones líricas”, aquellas por las que vale la pena vivir, no podía contentarse con un espejo menos deslumbrador. Pues si no podía siempre verse en él, ya que uno no está siempre a la altura de su propio querer, sí podía percibir su ánimo esforzado, sus pretensiones y sus proyectos. Precisamente lo que Marías más echa de menos: las “razones líricas” y sus proyectos correspondientes. “Acaso —escribe— la raíz más profunda de nuestros males, nuestras deficiencias, nuestras tentaciones”.

Los artículos, en los que se mezclan a menudo, varias perspectivas, pueden dividirse, sin embargo, en tres grandes grupos: los referentes a la situación española actual, los de

pensamiento político y los que se refieren a la realidad cultural e histórica de España. Habría que añadir también el pequeño grupo que se refiere a la circunstancia occidental de España: artículos sobre viajes al extranjero o algún acontecimiento importante internacional, etc.

No cabe minimizar la preocupación de Julián Marías por la situación actual de España. Preocupación un tanto paradójica y que no excluye una sólida esperanza en su futuro. Por un lado, en efecto, España ha dado muestras de una gran madurez política y de una no escasa sabiduría durante la transición y la constitución de la Monarquía democrática, realizadas sin alborotos y una más que mediana concordia. Desde el punto de vista social, sólo el nacionalismo agrio e insolidario de algunos y, sobre todo, el terrorismo de ETA pueden causar malestar y zozobra. La tónica general de la vida colectiva española es la de una convivencia apacible y cordial, y las perspectivas económicas, que no dependen sólo de España, son aceptables, a pesar de un paro todavía grande, pero que parece en vía de reabsorción.

Y sin embargo, Marías encuentra que la situación española actual no es enteramente satisfactoria. Piensa que los españoles viven muy por debajo de sus posibilidades. Es, pues, en el ámbito del “ser”, de los fines y de los proyectos colectivos en el que las carencias se manifiestan. Un Estado bien organizado, una política eficaz, una economía próspera son sólo *medios*, recursos con los que realizar proyectos, encarnar anhelos y pretensiones últimas, *ideales* que son los que dan peso específico y sentido a la vida colectiva como tal, y que permiten su continuación y perduración a través de los siglos. Los proyectos colectivos son además el ámbito o morada en el que las vidas individuales encuentran su vocación, la vocación personal, y no es preciso insistir demasiado para percibir que una nación con

fuertes ideales tira hacia arriba a los ciudadanos que la habitan, suscita la renovación o innovación ilusionada, la libertad y la invención. ¿Por qué ese “querer poco” de los españoles?

Falta a éstos la apropiación de sus propias posibilidades, de su plena identidad, pues poseen muy deficientemente su memoria histórica, constantemente ocultada por el partidismo, la indiferencia, y los intereses creados que van con ambas. Sin una sólida instalación, sin embargo, en la propia identidad, constituida no sólo por el exacto conocimiento del pasado, sino también, y muy principalmente, por la ilusión de continuar creadoramente ciertos proyectos originarios, que son el fundamento mismo de la vida nacional, la vida colectiva está “en el aire”, puede ser juguete de los vientos, y con ella, las vidas de muchos españoles, fragilizados en su personalidad y fácilmente manipulables. La tendencia general de los medios de comunicación a considerar al hombre como *cosa*, a despersonalizarlo, y a tirar al conjunto de la sociedad hacia lo más ínfimo; el *prosaísmo* tan esterilizador y agobiante que se desprende de ello, tienen una gran responsabilidad en el estado de cosas actual. Pero Marías insiste también en el esfuerzo personal que cada cual debe hacer contra aquello que le resulte inadmisibile. En una democracia, subraya, la decisión del *temple* de la vida colectiva depende de cada persona, de cada votante. Los votantes no pueden casi nada individualmente. Pero pueden decir juntos *no*, en el peor de los casos, lo cual suele bastar para continuar manteniéndose en pie.

El problema de la posesión del pasado, de la historia y del patrimonio cultural, si bien depende en última instancia del esfuerzo personal de cada cual, es también tarea que incumbe a la educación nacional. Las deficiencias de retransmisión de la herencia cultural por parte de la escuela no pueden paliarse con facilidad. Sin una buena memoria

del pasado la actividad fecunda de la imaginación no es posible. “La imaginación es uno de los ingredientes de la razón concreta, no digamos histórica. Esto implica que el punto de partida tiene que ser la realidad, a la que hay que repensar escrupulosamente, no inventarla ni falsificarla. ...Las grandes naciones han nacido de un proceso de imaginación creadora, proyectiva, ilusionante, hecha de amor a la realidad”. En efecto, sin una precisa posesión del “quién” colectivo y de sus trayectorias no se puede elegir un futuro con conocimiento de causa, y sin éste la libertad es una ficción. Lo cual no es tolerable, máxime cuando se poseen los métodos historiográficos necesarios —*la razón histórica*— para proceder a una rigurosa y veraz interpretación del pasado, cuestión en la que Marías insiste constantemente, ya que esos métodos son en gran parte obra de intelectuales españoles.

Medios, recursos, memoria histórica, el buen funcionamiento de la vida colectiva y de la democracia no pueden pasarse de ellos, ya que constituyen la condición de la existencia de los proyectos. Todos estos elementos están unidos en íntima conexión. Lo podrá comprobar el lector al leer los artículos de pensamiento político, los de la transición y los que han seguido regularmente después. Creo que todo historiador que quiera entender la vida española desde 1975 tendrá que recurrir a ellos, entre otras fuentes principales, ya que no es una temeridad afirmar el carácter orientador que tuvieron, y siguen teniendo, en esta etapa particularmente delicada y decisiva de la historia española del siglo XX.

Los artículos de Julián Marías están, pues, sólidamente fundamentados en la más radical filosofía. Muchos de ellos envían, es natural, a los libros de estricta teoría escritos antes o durante este período. Hay, por tanto, entre éstos y los artículos una relación estrecha, que permite una comprensión más holgada y profunda de la obra en su conjunto.

Libros como *Ortega. Las trayectorias, España inteligible, Cervantes clave española, La felicidad humana, La educación sentimental, Razón de la filosofía, España ante la historia y ante sí misma*, y los libros anteriores sobre Ortega, la generación del 98 o el siglo XVIII han permitido además a Marías acercarse a casos concretos y elucidar puntos capitales de la cultura española, cuya trascendencia resulta bien clara.

Permítaseme un ejemplo referente a la cultura española. Cultura, hay que empezar por ahí, es *cultivo* de las propias potencias, esfuerzo y afán de perfección, que nace de una honda necesidad personal de estar en claro acerca de sí mismo y de su circunstancia. Es, además, *cultivo* de ésta. Todo acto cultural, pues, consiste en un esfuerzo intelectual e imaginativo, hecho con la razón vital —con la vida entera—, para llegar a saber, en última instancia, qué es el mundo, y en él, “quién soy yo y quién voy a ser siempre”. De ahí que Marías defina la cultura como “una configuración que permite organizar la realidad en una figura de mundo. ...La cultura es un instrumento para que la realidad que no está ‘dada’, que es en principio ilimitada, cuyos elementos o ingredientes van entrando en escena, al hacerlo ingresen en una estructura —credencial, conceptual, estimativa, proyectiva—, donde ocupan su lugar, de manera que el hombre pueda así orientarse, saber a qué atenerse, ser el que pretende ser... el que tiene que ser”. Tarea, por tanto, de interpretación e integración en una tradición, una trayectoria histórica. En la cultura, *morada vital*, me entiendo, entiendo al mundo y me proyecto. Por eso Marías, que ha vivido una época de rupturas y de coacción de la libertad, se ha dedicado, de manera creadora, a pensar para mantener la continuidad de la cultura española, la más inmediata heredada de sus maestros primero,

y las de las demás épocas después, ya que España posee un extraordinario patrimonio cultural, o desconocido o negado. Pero para un filósofo afirmar es tener que probar. Así, es bien sabido el papel que el cristianismo ha desempeñado en la vida española. Pues bien, Marías nos muestra que los atributos de la vida humana y su condición personal, descubiertos por la filosofía del siglo XX, principalmente española, tienen “un asombroso parecido con la visión cristiana del hombre. Todo esto —indica— lo descubre una consideración antropológica independiente de toda religión, si es fiel a lo que muestra el análisis de la persona humana y su vida. Lo sorprendente es que todo esto es coherente con la visión que la religión cristiana, sin propósito teórico —se trata de religión, no de filosofía, ni siquiera de teología— introduce en la mente del que la vive”. ...“Lo que pensamos es que la vida personal del hombre, aquello en que consiste, se ajusta a lo que el cristianismo religiosamente revela. Por sí misma, *naturaliter*, coincide con la visión que se posee si se la vive cristianamente. Esto invitaría a fijar la atención en lo que el pensamiento, si es fiel a sus exigencias, descubre en la realidad humana, sin tener prisa por mostrar su vinculación religiosa, de manera que sea válida para el que hace uso de su razón; la conexión se impondría por sí misma, sin ser solicitada, y por tanto con máxima universalidad y eficacia”. Pienso que no hemos acabado aún de meditar y de extraer todas las consecuencias de estas palabras. La perspectiva que abren, si decidiéramos explorarla, acabaría con muchos falsos obstáculos que obturan nuestro porvenir, y nos descubriría un horizonte de posibilidades insospechado. Pero esto no nos impide dejar apuntadas algunas consideraciones al respecto. La primera es que la realidad es *transitable* en todos sus planos y direcciones, y no existe, por consiguiente, ninguna razón para no vivirla

en todas sus dimensiones; la segunda es que la cultura española, como las de los demás países de Occidente, tiene una doble universalidad, racional y religiosa, es una y polifónica a la vez; la tercera, que sus contenidos, pensados e imaginados desde la misma interpretación del hombre como *persona*, hacen que esté en su mayor parte viva, lo cual constituye un zócalo o “instalación” inmejorable desde el que lanzar los más audaces proyectos para el futuro. Zócalo que comprende, además, el aporte de las demás culturas de los otros países occidentales con los que España comparte la misma civilización. Este ejemplo elegido es sin duda uno de los de mayor alcance, pero hay otros muchos en las dos recopilaciones que, aunque de menor alcance, poseen un extraordinario interés.

Claro que para iniciar la exploración de las perspectivas acerca de la cultura española que estos dos libros encierran, hay primero que llegar a ellas, repensarlas y, antes, sentir deseo e ilusión por la tarea. La función de la sensibilidad es decisiva en el dominio intelectual. Si previamente no se “siente”, mal se puede llegar a entender algo e iniciar su exploración. El propio Marías nos sugiere que, para llegar a buen puerto por ese camino, la primera condición es conservar la mirada inocente de la infancia, la de “ese niño que detrás de los cristales, mira al mundo en la tarde interminable”. Creo, en efecto, que son con esos ojos y el corazón limpio —siempre nos topamos con “las raíces morales de la inteligencia” cuando nos paramos a pensar un poco— que hay que leer y meditar estos dos libros llenos de luz y de esperanza sobre las posibilidades de la realidad española.